

XLI.

Mi pasión desesperada
 Brilla en su lujo sombrío
 Como una historia arrancada
 Al Oriente, y relatada
 En una noche de estío.

Por un jardín caminaban
 Dos amantes: no sonaban
 Ni un rumor ni voz alguna;
 Los ruseñores cantaban;
 Brillaba la casta luna.

Ella se paró gozosa;
 A sus pies el caballero
 Hundió la frente orgullosa;
 Mas... vino el gigante fiero
 Y huyó temblando la hermosa.

El doncel ensangrentado
 Al cabo rueda sin brío;
 El gigante se ha ocultado;
 Enterrad mi cuerpo frío,
 Y está el cuento terminado.

XLII.

¡Cuánto me han hecho sufrir,
 Y llorar y padecer,
 Las unas con su cariño,
 Las otras con su desdén!

Sobre mi pan y mi copa
 Derramaron el dolor,
 Las unas con su desprecio,
 Las otras con su pasión.

Mas la que con más tormentos
 Logró mi vida amargar,
 Ni despreció mis amores,
 Ni amor me tuvo jamás.

XLIII.

Tu rostro, dueño adorado,
Besa el estío brillante
Con su fulgor sonrosado,
Y en tu pecho palpitante
Está el invierno encerrado.

Mas tal vez, pronto, bien mío,
Como nada existe eterno,
Extenderá el hado impío
Sobre tu rostro el invierno,
Sobre tu pecho el estío.

XLIV.

Cuando á dos que se idolatran,
Separa el destino adverso,
Lloran y se dan la mano,
Y suspiran sin consuelo.

No lloraron nuestros ojos,
Ni nuestros labios gimieron;
Llanto y suspiros de pena
Nos atormentaron luego.

XLV.

Hablaban del amor, problema eterno,
 Junto á una mesa, donde el té humeaba,
 Haciendo de él, estética los hombres,
 Sentimiento las damas.

«Siempre el amor platónico ser debe,»
 Dijo con calma el flaco consejero;
 La consejera suspiró al oirlo,
 Mientras huyó un suspiro de su pecho.

Entre bostezos murmuró el canónigo:
 «El amor sensüal es vil pecado
 Que el alma pierde y la salud destroza.»
 «¿Por qué?» pensó la joven entretanto.

«¡Ay!—dijo la Condesa—amor fué siempre
 Pasión que eleva al infinito el alma.»
 Y después al Barón, tierna y amable,
 Con cortesía presentó una taza.

Aun quedaba un lugar junto á la mesa,
 Y faltabas, bien mío,
 Tú, que también tus sabias opiniones,
 Tal vez, sobre el amor, hubieras dicho.

XLVI.

Están envenenadas mis cancións,
¿Cómo no, vida mía?
Tú el veneno has vertido
Sobre la flor hermosa de mi vida.

Están envenenadas mis canciones,
¿Y cómo no, bien mío?
Serpientes mil mi corazón enlazan,
Y en él vas tú además, dueño querido.

XLVII.

Volví á soñar bajo los altos tilos;
Hermosa noche estábamos,
Y de amor y de dicha en el exceso,
Fidelidad eterna nos jurábamos.

Seguía la promesa á la promesa
Entre ósculos ardientes;
Porque yo no olvidase un juramento,
Señalaste mi mano con tus dientes.

¡Oh! dulce bien de los azules ojos
Y blanca dentadura,
El juramento, á mi entender, bastaba;
Sobraba, á no dudar, la mordedura.

XLVIII.

A la cumbre subí, y ardió en mi pecho
 Sentimental locura:
 —Si un pájaro yo fuese,—
 Exclamé suspirando con ternura;—

Si fuera yo la golondrina errante,
 Hacia tí volaría,
 Y mi pequeño nido
 De tu ventana en la cornisa haría.

Hacia tí volaría, niña hermosa,
 Si fuera ruseñor,
 Y en la enramada oyeras
 De noche las canciones de mi amor.

Y si un canario fuese, también, loco,
 Hacia tu corazón volando fuera,
 Que sé, mi bien, que los canarios amas,
 Y que te alegra su canción parlera.

XLIX.

Lloraba porque en sueños
 Te contemplaba muerta;
 Despierto al fin me ví, copioso llanto
 Surcaba ardiente mis mejillas yertas.

Lloraba porque en sueños
 Ví que me abandonabas;
 Después de despertar, aun mucho tiempo
 Vertí en silencio lágrimas amargas.

Lloraba porque en sueños
 Miré que aun me querías;
 Desperté, y el torrente de mis lágrimas
 Aun corre por mis pálidas mejillas.

L.

Todas las noches, en mis tristes sueños,
Sonriendo te miro,
Y caigo, amante, suspirando loco
Ante tus pies queridos.

Me miras con tristeza, sacudiendo
Tu cabecita rubia,
Y por tus ojos de tu amargo llanto
Corren las perlas húmedas.

Y me dices muy bajo una palabra,
Y de rosas me entregas blanco ramo,
Y al despertar el ramo ya no existe
Y la palabra aquella he olvidado.

LI.

Revuelve el viento la lluvia
De la noche entre las sombras:
¿Qué hará el ángel de mi vida?
¿Qué hará mi amor á estas horas?

Yo la veo en su ventana
Llenos los ojos de llanto,
Sus pupilas celestiales
En las tinieblas clavando.

LII.

La selva azota viento penetrante;
Muda la noche tiende su sudario;
En capa gris envuelto, palpitante
Cruzo á caballo el bosque solitario.

Mis locos pensamientos bulliciosos
A mi corcel le sirven de avanzada,
Y ligeros me llevan, y gozosos,
Hasta el rico palacio de mi amada.

Ladran los perros con inquieto brío;
Con antorchas los pajes aparecen;
Subo, y sobre el marmóreo graderío
Mis espuelas sonando se estremecen.

En cámara de luces adornada,
Entre un ambiente tibio y perfumado,
Mi dulce bien espera mi llegada,
Y entre sus brazos caigo enamorado.

En tanto, el viento lúgubre murmura
Entre las ramas de la vieja encina:
«¿Dónde vas, paladín de la locura?
¿Dónde tu loco sueño te encamina?»

LIII.

De su luciente morada
Se ha desprendido una estrella;
El astro de los amores
Que desciende hasta la tierra.

De los bosques se desprenden
Blancas flores y hojas secas,
Que arrastran regocijados
Los vientos en su carrera.

Canta el cisne en el estanque
Y de la orilla se aleja;
Calla su voz, y en las aguas
Su fosa líquida encuentra.

Huyeron hojas y flores;
Todo es silencio y tinieblas;
El astro se hundió en el polvo;
La voz del cisne no suena.

LIV.

Un sueño me ha trasladado
Á un castillo gigantesco,
Donde, entre tibios vapores
Y fulgores y destellos,
Muchedumbre abigarrada
Invadía con estruendo
El laberinto confuso
De ricos compartimientos.
Buscaba la turba pálida
La salida, con anhelo,
Retorciéndose las manos
Y con angustia gimiendo.
Se mezclaban con la turba
Las damas y caballeros,
Y yo mismo me vi pronto
En aquel tumulto envuelto.

De pronto me encontré solo,
Y me pregunté en silencio
Cómo pudo aquella turba
Desvanecerse tan presto.

Corrí; crucé desalado
 Intrincados aposentos
 Que á mi vista se extendían
 En laberinto siniestro.
 Eran cada vez mis pasos
 Más pesados y más lentos;
 Invadía helada, triste,
 Fría angustia mi cerebro,
 Y de hallar una salida
 Ya dudaba en mi despecho.
 Veo al fin la última puerta
 Abrirla anhelante intento;
 ¿Mas quién ¡oh Dios! me detiene
 Cuando salvarme deseo?

Era mi amada, que estaba
 Ante la puerta en silencio,
 Con el suspiro en los labios
 Y en la frente el desconsuelo:
 Volví hacia atrás, que me hacía
 Su mano signo siniestro;
 Pero ¿era aviso ó reproche?
 No podía comprenderlo.
 Brillaba en sus claros ojos
 Tan dulce y amante fuego,
 Que aceleró sus latidos
 Mi corazón en el pecho.
 Y mientras que me miraba
 Con aquel aire severo,
 Mas tan lleno de dulzura
 Y amor, me encontré despierto.

LV.

En noche fría y triste, paseaba
 Por el bosque sombrío mi tristeza,
 Y el árbol que á mi paso despertaba,
 Compasivo inclinaba la cabeza.

LVI.

Yacen bajo la tierra los suicidas,
Al final de la negra encrucijada,
Y allí crece una humilde florecilla,
La flor azul del alma condenada.

Era la noche silenciosa y muda;
Llegué á la encrucijada suspirando;
Ante el fulgor de la amarilla luna
Aquella flor azul miré oscilando.

LVII.

Me envuelve la sombra oscura,
Desde que tus ojos bellos
No alumbran con sus destellos
Mi camino de amargura.

Del amor y la alegría
No veo el astro brillante;
Tengo el abismo delante;
Trágame, noche sombría.

LVIII.

Plomo en mi boca, en mi pupila sombra,
 La mente entorpecida,
 Y el corazón cansado,
 En el fondo de un féretro gemía.

Después de haber dormido mucho tiempo,
 Se despertó mi alma.
 Me pareció que oía
 Alguno que á mi tumba se acercaba.

—«¿No quieres levantarte, Enrique mío?
 El día eterno brilla,
 Los muertos ya se alzaron,
 Comienza al cabo la perpetua dicha.

—No puedo levantarme, amada mía;
 Mírame bien, soy ciego;

Tanto por tí he llorado,
 Que al fin mis ojos se quedaron secos.

—Enrique, con mis besos, de tus ojos
 Ahuyentaré la noche;
 Es preciso que veas
 Los ángeles y el cielo y los fulgores.

—No puedo levantarme, amada mía;
 La herida que tu lengua
 Abrió en mi pecho amante,
 Aun mana sangre y permanece abierta.

—Sobre tu corazón tan sólo, Enrique,
 Apoyaré mi mano;
 No manará más sangre;
 De aquella herida quedarás curado.

—No puedo levantarme, amada mía:
 Tengo herida la frente;
 Una bala de plomo metí en ella
 Cuando me enloquecieron tus desdenes.

—Enrique, con los bucles de mi pelo
 Yo cerraré tu herida,
 Restañaré tu sangre
 Y volverá á tu pecho la alegría.»

No pude resistir; era tan dulce
 La voz que me llamaba,
 Que quise levantarme

Y correr al encuentro de mi amada.

Y se abrieron de pronto mis heridas,
Y la sangre mis sienes y mi pecho
Anegó en turbulentas oleadas,
Y desperté llorando de mi sueño.

EPÍLOGO.

Enterrar quiero mis cantos,
Quiero enterrar mis quimeras;
Féretro insondable quiero,
Fosa necesito inmensa.

Ha de guardar muchas cosas
El ataúd bajo tierra;
Quiero que tenga más fondo
Que el tonel de Heidelberga.

Buscadme féretro duro,
De planchas fuertes y espesas,
Aun más largo que el gran puente
Que hay sobre el Rhin en Magencia.

Y buscad doce gigantes
De más vigor y más fuerza
Que el enorme San Cristóbal
Que hay de Colonia en la iglesia.

Que lo arrojen al profundo
Seno de la mar inmensa;
Que tal ataúd, tal fosa
Es necesario que tenga.

¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso
Que enorme el féretro sea?
Porque en él enterrar quiero
Mis amores y mis penas.

EL MAR DEL NORTE.